1531

CAIN Y ABEL

Drama en tres actos, dividido en cuatro cuadros

ORIGINAL Y EN VERSO DE

JOSE FOLA IGURBIDE

Estrenado con gran éxito
en los teatros de Apolo, de Valencia, y Novedades de Barcelona
en 16 de Octubre y 18 de Diciembre de 1895

BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran Medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y Gran Premio en la de Buenos Aires de 1910
Calle de Mallorca, 166

2

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/canyabeldramaent1922fola

CAIN Y ABEL

CAIN Y ABEL

Drama en tres actos, dividido en cuatro cuadros

ORIGINAL Y EN VERSO DE

JOSE FOLA IGURBIDE

Estrenado con gran éxito
en los teatros de Apolo, de Valencia, y Novedades de Barcelona
en 16 de Octubre y 18 de Diciembre de 1895

BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran Medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y Gran Premio en la de Buenos Aires de 1910
Calle de Mallorca, 166

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los paises con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para «Teatro Mundial».

A mi amigo del alma Pepe Soler

EL AUTOR

REPARTO EN VALENCIA

ROSA.	Sra.	Contreras
DOÑA JUANA. .	»	Segura
COSME	Sr.	Vico (Antonio)
JAIME.	»	Cachet
JUAN	»	Martínez (Eduardo)
TIO ROQUE. .	»	Valero (Ricardo)
JOSE	»	Armengol
ANTONIO . . .	»	Garrido
CAMPESINO I. .	»	N. N.
CAMPESINO II.	»	N. N.

Campesinos, soldados licenciados y rondalla aragonesa.

Epoca: La pasada guerra civil.

612189

REPARTO EN BARCELONA (1)

DOÑA JUANA. . .	SRA. MENA (CARLOTA DE)
ROSA.	» SALA
COSME.	SR. TUTAU
JAIME.	» PARREÑO
JUAN.	» VIRGILI
TIO ROQUE . . .	» MARTÍ
JOSE.	» MONTERO
ANTONIO. . . .	» DELHOM
CAMPESINO I . .	» FERRÁNDIZ
CAMPESINO II. .	» BONNÍN

Campesinos, soldados licenciados y rondalla aragonesa.

Epoca: La pasada guerra civil.

(1) En Barcelona se adicionó a esta obra un cuadro puramente episódico, que tiene sólo por objeto la presentación de Jaime en el sitio de Estella, con un aparatoso movimiento escénico, banda militar y numerosa comparsería. Este cuadro se ha eliminado por consejo unánime de la crítica; reservándose sólo para las empresas que lo quieran utilizar, contando con un buen escenario y medios suficientes para que el efecto escénico supla como ocurrió en el teatro de Novedades, a la escasa afinidad que la acción del referido acto tiene con el resto de la obra.

En la representación del mismo tomaron, además, parte los distinguidos actores Sres. Tressols y Guitart, encargándose de papeles muy inferiores a su categoría artística. También sus compañeros Carnicero, Martí (H.) y Padrol, coadyuvaron al éxito de esta obra, y para todos tiene el autor motivos de gratitud.

ACTO PRIMERO

La planta baja de un molino harinero con todos los útiles y accesorios correspondientes. Puerta grande al foro con ventana practicable y puerta a la izquierda en segundo término, siendo su colateral la escalera que conduce a las habitaciones superiores del edificio. A la derecha en primer término, sobre el muro y como a dos metros de altura, un nicho o capilleta con una virgen del Pilar, alumbrada por un pequeño farol. Al pie de la capilleta, encajando herméticamente en un marco de piedra empotrado en el suelo, una gran losa que cierra el paso a una rampa subterránea practicable. La piedra lleva pasada por el centro una anilla de hierro que sirve para levantarla.

ESCENA PRIMERA

COSME y DOÑA JUANA. Cosme sentado

D.ª JUA. Cosme, cede a mi interés;
no seas terco.
COSME. Jamás:
madre, al fin conseguirás
que no ponga aquí los pies.
D.ª JUA. ¿No quieres ver a tu hermano?
El te quiere.
COSME. ¡Bah!

D.ª JUA. ¿Lo dudas?
COSME. ¿Qué he de dudar?
D.ª JUA. Algún Judas
te ha cogido de la mano
porque vas por mal camino.
Vamos, hombre; abre tu pecho.
¿Sombra no te ofrece el techo
honrado de este molino?
No me explico esos rencores
siendo tan bueno tu hermano.
Eso, Cosme, no es cristiano.
¿Qué espera que no echa flores
de piedad tu corazón
matando toda rencilla?
COSME. ¿Y dónde está esa semilla?
D.ª JUA. En el pecho.
COSME. Mal rincón.—
Déjame. Vueltas darás
inútilmente al asunto,
y sin lograr nada, al punto
de partida volverás.
D.ª JUA. ¿De modo que son extrañas
mis angustias para ti?
¿Vida a un ingrato le dí
con calor de mis entrañas?
COSME. ¡Madre!
D.ª JUA. *(Cambiando el tono de voz.)*
Cosme, hijo mío;
perdóname. ¿Te hice daño?
COSME. Me es igual. *(Secamente.)*
D.ª JUA. Tu genio huraño
me da pena y me da frío.
Profundo es tu desamor
y remediarlo no puedes.
Ni aun a tu hija concedes
las ternuras del amor.
COSME. ¿Se queja?

D.ª JUA. No se ha quejado.
Es sencilla y cariñosa;
quien la dió el nombre de Rosa
no anduvo desacertado.
COSME. ¿Es feliz con su destino?
D.ª JUA. ¿Dudarás de que te quiere?
COSME. Entonces, ¿por qué prefiere
hacer vida en el molino
y no en su casa?
D.ª JUA. ¡Señor!
Vive en nuestra compañía,
con su abuela, su alegría.
COSME. Y con su tío, su amor.
Vaya; el tiempo perderemos
sin provecho, cuestionando.
Adiós.
D.ª JUA. Espera.
COSME. ¿Hasta cuando?
D.ª JUA. Un instante, Cosme.
COSME. Demos
la cuestión por terminada.
D.ª JUA. *(Bajando la voz y mirando en torno suyo.)* Si en un peligro le vieras
de muerte, dime: ¿no hicieras
para defenderle nada?
(Cosme hace un movimiento de extrañeza.)
Mis frases te explicaré.
Ya sabes que por cuestiones
añejas, hay divisiones
en el pueblo.
COSME. Bien: ¿y qué?
D.ª JUA. Que se hacen los bandos guerra.
COSME. *(Con acento desdeñoso.)*
¿Y Juan teme?...
D.ª JUA. *(Interrumpiéndole con cierta altivez.)*
No hay valor

como el de Juan; el temor
sólo en mi pecho se encierra.

COSME. Y el peligro ¿dónde está?

D.ª JUA. En que de noche ha observado
Juan, que un hombre embozado
siguiendo sus pasos va.
(Cosme se altera visiblemente.)
Y aunque por nada se asombra,
le ha chocado, con razón,
porque una buena intención
no se oculta, así, en la sombra.
(Observando la alteración de Cosme e interpretándola a su manera.)
¡Te conmueves!... ¡Palideces!
Eso me da regocijo...
¡Temes por él!... Ya ves, hijo,
ya ves que no le aborreces.
Por fin en tu rostro miro
señal de humano interés.

COSME. *(Haciendo esfuerzos por rehacerse.)*
¿Y no sospecha quién es
ese hombre?

D.ª JUA. No.

COSME. *(Aparte.)* (¡Respiro!)

D.ª JUA. Cosme, ¿comprendes ahora
mis recelos? Si le viera
contigo en paz, no temiera
una emboscada traidora.
A dos, les teme la gente,
y más cuando hermanos son
y viven en santa unión
y se apoyan mutuamente...

COSME. *(Balbuceando.)*
¡Es verdad!... No piensas mal...
Se tienen odios mortales
carlistas y liberales,
y él peca de liberal.

ESCENA II

Aparece JUAN por la escalera diciendo:

JUAN. De liberal y de franco...
COSME. ¡Juan! *(Con acento vengativo.)*
D.ª JUA. *(Como temiendo una colisión.)*
¡Hijos míos!
JUAN. *(Con voz reposada.)* No temas;
no habrá riña; necesito
hablarle a solas.
D.ª JUA. ¿Deseas
quedar solo con tu hermano?
JUAN. Un momento, madre.
D.ª JUA. Sea.
¡Juan, qué excelente ocasión!
¡Cosme, el momento aprovecha!
¡Hijos, en nombre de Dios!
¡Reconciliaos!
(Vase por la escalera.)

ESCENA III

COSME y JUAN

JUAN. *(Adelantándose hacia su hermano con mucha dignidad.)*
La guerra
entre hermanos, es un crimen
de lesa naturaleza:
por última vez te brindo
con la paz.

COSME. No hallo manera
de reconciliarnos. Vete,
si quieres, por otra senda.
JUAN. Mala pasión adquiriste
Cosme; la envidia te ciega.
COSME. ¿Yo envidia?
JUAN. Tú derrochaste
en poco tiempo la herencia
de nuestro padre; tú hiciste,
sin razón, morir de pena
a tu pobre Antonia.
COSME. ¡Calla!
JUAN. ¿Por qué motivo te niegas
a compartir con nosotros
trabajo y amor y hacienda?...
Por envidia.
COSME. ¡Juan!
JUAN. No temo
tus amenazas; se quiebran
contra mi pecho tranquilo,
contra mi honrada conciencia.
COSME. ¿Y qué pides? ¿que confiese
que te aborrezco? pues sea;
¿Que soy envidioso? bueno;
¿que has conservado tu hacienda
y yo no? que te aproveche.
Bien estoy donde me llevan
mis gustos o mis rencores...
¿Sabes? Basta de quimeras
imposibles... Déjame
libre el paso.
JUAN. Cosme, espera.
Hazlo por tu hija.
COSME. Mucho
es tu interés por ella.
JUAN. Porque es más buena que tú.
COSME. Alábala.

JUAN. Ten en cuenta
que es tu hija. (Me da horror
su miserable sospecha).
Dí, en nombre de Dios, lo que hay
debajo de la corteza
de tus recelos y dudas.
COSME. Nada.
JUAN. Tu eterna respuesta.
COSME. Tu eterna pregunta.
JUAN. Bueno.
A mí no me duelen prendas;
los celos han consumido
tu corazón.
COSME. Mal empiezas.
JUAN. ¿Te alteraste?... Luego es cierto.
COSME. Acabemos.
JUAN. ¿Quieres guerra?
COSME. En guerra estoy.
JUAN. ¡Miserable!
Hazla al menos con nobleza;
cara a cara y a la luz
del día.
COSME. ¿Cómo?
JUAN. Piensas
que no sé que eres mi sombra;
que te embozas y que acechas
una ocasión?
COSME. ¿Tú? ¿Tú crees?...
JUAN. Lo que oculto por clemencia
a nuestra madre, porque
de pena y horror no muera.
Sé que eres tú el embozado
que me sigue en las tinieblas...
COSME. ¡Oh!
JUAN. ¿Quieres mi vida?
COSME. ¡Juan!

JUAN. Tómala; pero que sepas
herir de frente, como hombre
de alma; no como fiera,
cobarde...
COSME. ¿Cobarde?
JUAN. Vete;
déjame con las tristezas
que me causa tu conducta.
Vete; que ya a mi cabeza
comienza a subir la sangre.
Vete, pero aquí no vuelvas.
(COSME, *amenazador, terrible, mirando de un modo siniestro a su hermano, se va por el foro.*)

ESCENA IV

JUAN

¡Pobre madre! ¡Tanto afán
porque termine esta guerra!...
¿Qué le diré? ¡Qué sé yo!...
Que hicimos la paz a medias.
Que el tiempo hará lo restante.
No quiero aumentar su pena.

ESCENA V

DOÑA JUANA, por la escalera

D.ª JUA. Se fué tu hermano; le he visto
salir desde la ventana.
¿Se va enojado?

JUAN. No mucho...
D.ª JUA. ¿Ha transigido?
JUAN. Esperanzas solamente.
D.ª JUA. Algo es algo... ya estoy más tranquilizada.
JUAN. Tiene el corazón muy duro.
D.ª JUA. No es de condición tan mala. Además, su hija Rosa hace vida en nuestra casa, y teniendo aquí a su amor, con paciencia y con templanza, haremos que al redil vuelva esa oveja descarriada.

ESCENA VI

El TIO ROQUE con una carta y ANTONIO por el foro. Ambos son mozos del molino. El TIO ROQUE es un tipo ya muy entrado en años que goza de gran confianza con los dueños. Habla con el dejo característico de los aragoneses muy pronunciado.

ANTON. ¡Albricias! ¡don Juan, albricias!
JUAN. ¿Qué sucede?
TÍO RO. He tropezado con José.
D.ª JUA. ¿José ha llegado?
JUAN. ¿Entonces traerá noticias?...
D.ª JUA. ¡Rosa, hija mía! *(Llamando.)*
ROSA. *(Bajando por la escalera.)* ¿Qué pasa, abuela?
JUAN. José ha venido.
ROSA. ¿De veras? ¿Y cuándo ha sido?
ANTON. Ha poco llegó a su casa.

TÍO RO. Dice que al punto vendrá
y esta carta me entregó.
JUAN. ¿De Jaime?
TÍO RO. De Jaime.
ROSA. *(Con inmenso regocijo.)* ¡Oh!
¡Qué alegría!
JUAN. *(Tomando la carta.)* Bien está.
TÍO RO. Puede que traiga el relato
de alguna nueva victoria;
hoy el laurel de la gloria
está abundante y barato.
JUAN. ¿Qué murmura el carlistón?...
TÍO RO. A mucha honra, don Juan;
pero lea, tengo afán
por oir la relación.
ROSA. Yo leeré la carta.
JUAN. Toma.
Atención, que ha de ser buena.
D.ª JUA. A felicidad o a pena
no te dejes ni una coma.
ROSA. *(Leyendo.)* Padre del alma adorado...
JUAN. ¡Adorado!... ¿Qué os parece?
TÍO RO. ¡Ese pillo me enternece!
JUAN. Prosigue.
ROSA. *(Leyendo.)* No he contestado
con más premura a tu grata,
porque metido en pelea
y en el campo, la tarea
de escribir es muy ingrata.
TÍO RO. ¡Y tan ingrata! Yo sé
lo que es guerrear acampado...
JUAN. Silencio.
ROSA. Padre adorado,
de milagro me salvé.
Peleamos con gran saña
unos y otros combatientes.

¡Los carlistas son valientes
cual hijos al fin de España!

TÍO RO. Bravo por Jaime. ¡Qué tal!

ROSA. Pero en sus fuertes trincheras
ondean ya las banderas
de la tropa liberal.

TÍO RO. ¡Hum!

JUAN. ¿No se te cae la baba?

ROSA. Estábamos a la vista
de una avanzada carlista
que el paso nos disputaba.
Se estremecía la tierra
y a trechos, se salpicaba
con sangre, que deslumbraba
el tomillo de la sierra;
cuando atacó nuestro flanco,
de una manera imprevista,
un regimiento carlista
que avanzó por un barranco.

JUAN. ¡Rediós!

TÍO RO. ¡Envueltos así
duro el trance debió ser!

JUAN. ¡No poderle socorrer!
No hallarme a su lado allí.

D.ª JUA. Sigue, Rosa, la lectura.

ROSA. ¡Padre, que lucha se armó...!
el cielo se obscureció
con el humo, y en la obscura
escena, con arma blanca,
nos hacíamos pedazos
rompiendo a bayonetazos
sin ver una puerta franca
por donde salir con vida.
Tras un árbol resguardado
me ví, a la vez atacado
por tres facciosos. Perdida
la esperanza ya en mi suerte,

con un golpe muy certero
hago que encuentre el primero,
a mis pies, rápida muerte.
Me acosan los otros dos;
lucho con ansia cruel,
y tras el árbol aquel
y con la ayuda de Dios....

ROSA. *(Interrumpiéndose conmovida.)*
¡Abuela, el pecho me salta!
(Sigue después, regocijándose, la lectura.)
logro algún tiempo ganar
y bravo auxilio encontrar
en el sargento Peralta.

JUAN. *(Entusiasmado.)*
¡Ah valiente!

D.ª JUA. ¡Buen refuerzo!

ROSA. Bien el sargento pagó
mi ramo de flores.

JUAN. Yo
pagaré su noble esfuerzo.

ROSA. *(Leyendo.)*
Rechazamos la embestida;
pero en el choque sangriento,
(Rosa acaba la redondilla casi sin voz.
el valeroso sargento
cayó a mi lado sin vida.
(Pausa.—Cuadro de sensación.)

TÍO RO. ¡Mal hecho!

ROSA. ¡Abuela, qué espanto!
¡quién lo había de pensar
cuando el pobre militar
se reía de mi llanto...!
¡Cuando a seguir sus hazañas
marchóse ufano y gentil
adornando su fusil
con flores de estas montañas!

JUAN. Me ha partido la noticia.
D.ª JUA. Yo sin aliento he quedado.
TÍO RO. Son peligros del soldado
y aazres de la milicia.
JUAN. Queda aún algo?
ROSA. Poca cosa.
Dos renglones.
JUAN. ¿De qué trata?
ROSA. Manda afectos.
JUAN. *(Con mucha intención.)*
¿No hay posdata?
ROSA. Sí, señor....
D.ª JUA. Es para Rosa.
JUAN. ¿Por qué tardará en llegar
ese diablo de José?
TÍO RO. Don Juan no se apure usted.
Le voy de nuevo a buscar.

ESCENA VII

Aparece JOSE por el foro, manco del brazo izquierdo y usando el uniforme típico de licenciado

JOSÉ. ¿Nombraron al ruín de Roma
JUAN. ¡José! *(Rodeándole todos.)*
TODOS. ¡José!
JOSÉ. Ya llegué.
JUAN. ¿Llegaste bueno?
JOSÉ. Sí a fe,
sólo que allá en una loma
me inutilizó un balazo.
JUAN. Un abrazo por mi cuenta.
(Lo abraza con efusión.)
JOSÉ. Si soy Jaime me revienta.
¡Demonio con el abrazo!

JUAN. *(A los mozos.)*
Muchachos, moled la tanda
de trigo que ya empezasteis,
y en acabando, acabasteis:
hoy es día de parranda.
ANTON. Gracias, Don Juan.
(Los mozos vánse por la izquierda llevándose unos sacos de trigo.)
JOSÉ. *(Que mientras habló Juan, departió en voz baja con Doña Juana, Rosa y el tío Roque.)* ¡Qué he de hacer!
La bala me tuvo amor;
si me da en el buen humor
entonces me parte.
JUAN. A ver
hombre, calma nuestro anhelo.
¿Y Jaime?
JOSÉ. Jaime, tan guapo.
JUAN. ¿Y fuerte eh?
JOSÉ. De un sopapo
hunde un faccioso en el suelo.
Le ha sentado la milicia
como botón al ojal;
si no llega a general
no hay en España justicia.
Ya su fama va sonando
y ha premiado su valor
el general superior
con la cruz de San Fernando;
y lo que yo verbalmente
traigo encargo de decir...
JUAN. Atención que habrá que oir.
JOSÉ. Le han ascendido a teniente.
TODOS. ¡A teniente!...
TÍO RO. ¡Es un buen grado
¿Y que yo me alegre...?

JOSÉ. Trata
de hacerle a usted serenata
la gente moza; he soltado
la noticia sin querer
y reuniéndose están.
JUAN. ¿Te sabe a quina?
TÍO RO. ¡Don Juan!
sintiendo estoy que el placer
me rebosa en el pellejo;
¡Venga la música!...
JUAN. ¡Cómo!...
TÍO RO. Es verdad. Perdí el aplomo.
Yo soy un carlista viejo.
De Don Carlos fuí soldado,
y los carlistas leales
con triunfos de liberales
jamás se han entusiasmado.
JOSÉ. En suma: que hará carrera
y se deben alegrar;
ahora les voy a dar
lo que traigo en la cartera.
ROSA. ¿Regalos de Jaime?
JOSÉ. Sí;
regalos que Jaime envía.
D.ª JUA. Vamos a ver.
ROSA. ¡Qué alegría
Dejadme, dejadme a mí;
yo misma los sacaré.
(*Saca una banderola enrollada.*)
¿Esto qué es?
JOSÉ. Una bandera
de una enemiga trinchera.
ROSA. ¿Para mi tío?
JOSÉ. Sí a fe.
(*Rosa entrega la bandera a Juan.*)
ROSA. ¿Y esto?

JOSÉ. Una bala perdida
que a Jaime le dió en la espada.
ROSA. Y gracias que resguardada
vió así mi primo su vida.
Me la guardo. (*Resueltamente.*)
D.ª JUA. ¿Es para Rosa?
JOSÉ. Cabal. Eso me ha encargado
Jaime.
TÍO RO. Jaime ha embrujado
a su prima.
ROSA. No hay tal cosa.
JUAN. (*Al ver en manos de Rosa otro de los objetos que saca de la cartera.*)
¿Qué es eso?
ROSA. Una boina.
JOSÉI El toque
está ahora en acertar.
ROSA. Poco tiene que pensar;
esta boina es para Roque.
JOSÉ. Tienes razón.
TÍO RO. Venga aquí;
mandó lo que más me agrada.
JUAN. ¡Anda! Y con borla dorada.
D.ª JUA. ¿Será de algún jefe?
JOSÉ. Sí.
ROSA. Un escapulario... ¡Abuela!
JOSÉ. Tiene el don de adivinar.
D.ª JUA. (*Tomando el escapulario.*)
Creí que me iba a olvidar...
esto, por fin, me consuela.
JUAN. ¿Qué falta?
ROSA. (*Sacando de la cartera el último objeto.*)
Un ramo de olivo;
para mi padre; está claro.
JUAN. También fué capricho raro.

JOSÉ. No lo manda sin motivo;
dice que es prenda de paz.
JUAN. ¡Ah!
D.ª JUA. No es mala la lección.
(*Aparte a Juan.*)
(Ya tienes nueva ocasión.
JUAN. Formaste empeño tenaz.
D.ª JUA. Decídete...
JUAN. Ya veremos.)
Oye, José; sin oficio
quedaste ni beneficio,
y sin un brazo. Podemos
aliviar tu mala suerte.
Si quieres en el molino
ocupación, un destino
regular puedo ofrecerte.
JOSÉ. Yo no sirvo para nada,
don Juan. (*Enseñándole el brazo izquierdo.*) Ustedes lo ven.
JUAN. Llevarás mis cuentas.
D.ª JUA. (*Acercándose a su hijo.*) ¡Bien,
hijo mío!
JOSÉ. ¡Inesperada
bondad! ¡Ah, don Juan!...
JUAN. (*Interrumpiéndole.*) Chitón;
esto no merece halago;
tu trabajas y yo pago
en justa compensación.
JOSÉ. ¡Viva don Juan!
JUAN. Otro día
darás vivas; punto en boca.
D.ª JUA. Ahora callar te toca.
JOSÉ. (*Suspendido en sus manifestaciones de gratitud.*)
Muda será mi alegría.
TÍO RO. Don Juan no tiene defecto;
D.ª JUA. Su limosna es la primera;

TÍO RO. Como carlista se hiciera,
sería un hombre *prefecto*.
ROSA. Ya una cosa sólo falta.
D.ª JUA. ¿Qué es ello?
JUAN. Da tu el ejemplo.
ROSA. Vamos a rezar al templo
por el alma de Peralta.
D.ª JUA. ¡Santa idea!
JUAN. José, avisa,
desde luego, al capellán.
JOSÉ. Lo haré con cristiano afán.
JUAN. Le diremos una misa.
ANTON. (*Después de parar el movimiento de los molinos, apareciendo por la izquierda con otros mozos.*)
Se acabó nuestra faena.
JUAN. Pues a la iglesia a rezar,
y después a pasear.
ANTON. Don Juan, sea enhorabuena.
(*Vase Antonio por el foro con sus compañeros.*)
JOSÉ. Yo voy a cumplir su encargo;
al padre cura veré
y el mandato le daré;
hasta luego.
JUAN. A paso largo.
(*Vase José por el foro.*)
ROSA. Yo me arreglo en un momento.
(*Vase por la escalera.*)
TÍO RO. Y yo al campo a respirar.
creo que voy a llorar
de la alegría que siento.
¡Que don Carlos me perdone!
(*Vase por el foro.*)

ESCENA VIII

DOÑA JUANA y JUAN

D.ª JUA. (*que quedó hablando aparte con Juan.*)
¿Será más grande tu odio
que el de tu hermano?
JUAN. No, madre;
pero Cosme es rencoroso;
tú no le conoces.
D.ª JUA. Jaime
te manda el ramo...
JUAN. Ese bobo
se ha creído que tomar
un reducto a los facciosos
es tan fácil como hacer
que nos unamos nosotros.
D.ª JUA. ¿Y he de morir sin saber
el motivo de esos odios?...
Bien que aflijas a una madre
desamparando sus lloros
y sus ruegos; porque al fin,
¿qué es una madre? un estorbo.
Pero un hijo, es otra cosa;
le tenemos en el fondo
de las entrañas metido...
Si ríe nos causa gozo,
si llora nos causa pena;
ríe y llora con nosotros.
Y además, es tan cristiano
el perdón. ¡Es tan hermoso!...
Vamos, hijo, te lo ruego
con lágrimas en los ojos.
JUAN. (*Muy conmovido.*)
¡Madre!... Me has enternecido;
por fin el silencio rompo...
vas a saber la verdad.

D.ª JUA. Habla, Juan; estamos solos.
JUAN. (*Bajando la voz.*)
¿Recuerdas el fin que tuvo
su esposa Antonia?
D.ª JUA. Ni Agosto
ni entierro pasan que no
lo recuerde. ¡Era un manojo
de azucenas y claveles!
JUAN. ¡La gala de estos contornos!
¿Recuerdas que fué mi novia
antes que él fuese su esposo,
allá en nuestras mocedades?
D.ª JUA. No se me olvida. En otoño
les echó la bendición
el cura, y eran dichosos;
pero la Antonia dió a luz
a Rosa, y desde entonces todo
cambió en el hogar de Cosme.
La Antonia fué poco a poco
desmejorándose; siempre
con el semblante lloroso;
se hizo de cera su carne,
escaldáronse sus ojos,
y al año acabó en la tierra
aquel manojillo hermoso.
JUAN. Murió de pena.
D.ª JUA. ¿Y tú sabes
la causa de ese trastorno?
JUAN. Mi hermano me tuvo celos...
D.ª JUA. ¡Jesús!
JUAN. ¿Lo comprendes?
D.ª JUA. Todo.
JUAN. Desde entonces, Cosme y yo
nos miramos de reojo.
D.ª JUA. Pero él empieza a ceder;
no has de ser más rencoroso.

Juan, toma el ramo de olivo;
sacrifica el amor propio;
vete a tu hermano con él,
y con acento amoroso
le dices: toma este ramo...
la paz sea con nosotros.

JUAN. Venga el ramo.

D.ª JUA. (*Alborozada.*) ¿Vas a verle?

JUAN. A verle voy sin enojos.
No tendrás queja de mí
porque te obedezco y pronto.

D.ª JUA. (*Con mucha alegría.*)
Que Dios, hijo, te bendiga
por tu esfuerzo generoso!

JUAN. ¡Qué él ilumine a mi hermano!
(*Vase por el foro con el ramo; óyense las campanas de la que se supone vecina torre tocando a misa de difuntos.*)

ESCENA IX

DOÑA JUANA

¡Mi pecho salta de gozo!
Dales paz, divino cielo!

ESCENA X

ROSA con mantilla por la escalera

ROSA. Abuela, ya están doblando
a misa.

D.ª JUA. Ya lo oigo.
ROSA. ¿Y cuándo
te pones mantilla y velo?
D.ª JUA. Corro al punto.
ROSA. Sin tardanza.
D.ª JUA. Dame un abrazo hija mía.
ROSA. ¿Qué sucede? (*Con extrañeza.*)
D.ª JUA. Todavía
no se cumplió mi esperanza.
ROSA. No te entiendo.
D.ª JUA. Ni es preciso
que me entiendas; toma un beso.
(*La besa y vase por la escalera.*)

ESCENA XI

ROSA

ROSA. ¿Qué querrá decir con eso?
¡Alegrías de improviso!
Todavía no se ve
Jaime en su tierra nativa,
y ardiendo está en llama viva
la tierra donde se fué.
(*Juntando las manos y colocándose en actitud de súplica al pie de la capilleta, mientras las campanas siguen doblando a misa de difuntos.*)
¡Pilarica milagrosa!
escucha mi amante ruego,
y pon tus miradas luego
en mi súplica angustiosa,
Que no transcurra otro mes
sin una esperanza amiga;
que no se dore la espiga,

que no se siegue la mies
ni se deshoje la rama
ni se marchite la flor,
antes que vuelva mi amor,
mi amor, que Jaime se llama.
Porque si viene el otoño
de nuevo a dar palidez
a la parra, y madurez
al olivo y al madroño;
y mi Jaime no regresa
y las hojas van rodando,
y las brisas suspirando
y el pan sale a nuestra mesa,
ausente mi dulce amor...
lejos mi única alegría...
voy a morir ¡Virgen mía!
de tristeza y de dolor.
(*Cesan las campanas.*)

ESCENA XII

JOSE por el foro

ÓSÉ. Rosa, ¿te ayudo a rezar?
OSA. (*Volviéndose sorprendida.*)
¡José!
ÓSÉ. No acabes por mí.
OSA. Ya acabé.
ÓSÉ. ¿Rezabas?
OSA. Sí.
ÓSÉ. La Pilarica ha de estar
satisfecha.

ROSA. Soy devota
de la Virgen.
JOSÉ. Ya lo sé.
Nadie ignora que es tu fe
un raudal que no se agota.
Y sé también que suspiras
y lloras a cada instante.
ROSA. ¿Quién te ha dado semejante
noticia?
JOSÉ. Uno en quien deliras.
ROSA. ¿Jaime?
JOSÉ. Sí.
ROSA. ¿Puede saber
lo que acontece en su tierra,
él allá metido en guerra?
JOSÉ. Siempre inocente has de ser.
Sabe que a la Virgen rezas.
ROSA. Por él ante ella me postro.
JOSÉ. Y que se empaña tu rostro
del alma con las tristezas.
Que cuando el sol tornasola
las nubes, en el ocaso,
llevas a la fuente el paso
pensativa, y siempre sola.
Que no duermes en la cama,
de tus afanes, al peso,
y que esperas su regreso,
y que amor eso se llama.
ROSA. José, ¡qué felicidad!
¿Qué más te ha dicho?
JOSÉ. El teniente
me dijo, así, llanamente...
ROSA. ¿Qué te dijo? La verdad...
JOSÉ. Dile a mi Rosa...
ROSA. ¡Su Rosa!
JOSÉ. Como su Jaime la quiere,
que tenga fe en mí, y que espere.

ROSA. ¡Dios mío! Ya soy dichosa.
Dí José ¿durará mucho
la guerra?
JOSÉ. Poco ha de ser.
ROSA. ¿De veras?
JOSÉ. A mi entender.
ROSA. ¿Me engañas?
JOSÉ. Yo soy muy ducho.
Como al general Moriones,
que es un bravo militar,
le manden, para avanzar,
nuevas tropas y cañones;
como cunda el desaliento
entre la hueste enemiga;
como zurrándoles siga
la tropa a cada momento,
y entre la fuerza leal
en Estella, ya sitiada,
y la facción, dispersada
en derrota general
se entregue por batallones,
y venga la paz después...
todo se acaba en un mes.
ROSA. ¡Dios oiga tus previsiones!
JOSÉ. No todas tienen tu fe;
dígalo mi Soledad.
ROSA. Casó con otro, es verdad.
JOSÉ. Al salir me la encontré
del brazo de su marido...
Valiente caso hizo esa
de mi amor; mas no me pesa:
para un olvido, otro olvido.
Y lo acertó; ¿qué iba a hacer
con un marido lisiado?
Le echan la culpa al soldado
y la tiene la mujer.

Espera el honrado amante,
y la pícara fortuna
claro, como es una tuna,
favorece al más tunante.
Vamos a lo principal:
al capellán avisé
y ya camino se fué
de la iglesia parroquial.

ESCENA XIII

Dichos y DOÑA JUANA con mantilla por la escalera

D.ª JUA. Vamos, José; Rosa, vamos.
JOSÉ. ¿Y don Juan?
D.ª JUA. Ya se marchó.
ROSA. Aquí vuelve.

ESCENA XIV

Dichos y JUAN que aparece por el foro

D.ª JUA. (*Aparte.*) (No le halló.)
¿Te vuelves? (*a Juan.*)
JUAN. (*Procurando ocultar la mala impresión que trae.*)
De vuelta estamos.
D.ª JUA. (*Aparte a Juan.*)
¿No le hallaste?
JUAN. No le hallé;
pero otro día será;
no te apures, tiempo habrá.
Idos... Ya os alcanzaré.

D.ª JUA. ¿Te quedas?
UAN. Por un instante.
D.ª JUA. En el templo te esperamos.
UAN. Adiós.
OSÉ. Hasta luego.
ROSA. Vamos.
(*Vanse por el foro todos menos Juan.*)

ESCENA XV

JUAN

Logré poner buen semblante.
¡Con qué saña y qué desprecio
el ramo al suelo arrojó!...
No te creía a ti yo—
me dijo—hermano, tan necio.
Mirando el ramo quedé
sin darme de aquello cuenta;
y para mayor afrenta
le dió airado con el pie.
No se lo pude aguantar;
tanto ninguno me humilla,
y mi mano en su mejilla,
con rapidez fué a chocar.
¡Me espantó su palidez!
No era aquel un ser humano.
Hermano—me dijo—hermano,
será la última vez!
Buscó en su cinto un puñal
y, al ver que estaba vacío,
se marchó mudo y sombrío
con paso lento y fatal.
Me matará como pueda;
hace tiempo que lo ansía...

le esperaré a sangre fría;
suceda lo que suceda
no se intimida un Pedralva.
Estoy solo; se han marchado...
libre el campo me han dejado;
la ocasión la pintan calva.
Puede Jaime al regresar
no encontrarme; el corazón
me pedía una ocasión
y la debo aprovechar.
(*Cierra la puerta del molino con llave; abre un armario que deberá hallarse en un ángulo de la escena y toma de éste un cofrecito. Luego saca una carta que lleva en el bolsillo y lee.*)
A ver si lleva buen tino
la carta ya comenzada...
(*Leyendo:*)
Salvando el portal que entrada
ofrece libre al molino,
al pie mismo de la estampa
de la Virgen milagrosa,
hay en el suelo una losa
que cierra el paso a una trampa,
encontrándose debajo
el subterráneo camino
que a las aguas del molino
despide vertiente abajo...
Quita primero el torrente
cerrándole la compuerta;
baja por la rampa abierta
hasta el fin de la pendiente...
Así llegarás al fondo
o cauce que el agua lleva.
Hacia un ángulo una cueva
verás. Entra en lo más hondo

de sus entrañas... Detente,
y hallarás en un rincón
cien onzas, hijo, que son
honra y sudor de mi frente.
(*Se guarda la carta y dice:*)
Bien va la carta hasta aquí;
mas torno a mis confusiones...
¿Vamos a ver, qué razones
le doy para obrar así?...
Los carlistas tienen prendas
de mi opinión liberal...
Pudieran venir, y mal
pasarlo yo y mis haciendas.
¿Digo que el presentimiento
de la muerte me dirije?
El bobo, entonces, se aflige
y afligirle es lo que siento.
No irá la carta incompleta;
se lo aseguro a ese pillo;
me llevaré el farolillo
que luz da á la capilleta.
(*Después de coger el farolillo, con auxilio de una escala de mano y abrir el escotillón, desaparece con el cofre y el farolillo por la rampa, diciendo:*)
Vaya a creer ningún bobo
lo que podría encontrar
si se atreviese a bajar
por esta boca de lobo.

ESCENA XVI

COSME, que un momento antes debe asomarse a la ventana siniestramente y ve a su hermano bajar por la rampa, cuando éste desaparece salta por la ventana. Se asoma al escotillón y todo expresado con la actitud y el gesto, sostiene por largo espacio una sorda lucha interior, apartándose y acercándose hasta que por fin, cediendo al odio que le domina, desenvaina un cuchillo que trae, y desaparece por el escotillón. Apenas verifica su mutis comienza a oirse la música de bandurrias y guitarras a estilo de rondalla aragonesa que se aproxima, de los que se supone vienen a festejar a DON JUAN. Al llegar a la puerta por la parte exterior cesa la música. Tocan con dos fuertes golpes a la puerta

ANTON. ¡Don Juan! (*Llamando desde fuera.*)
TÍO RO. ¿Cerrado el molino?
En la iglesia están.
UNA VOZ. ¿Tocamos?
TÍO RO. Cantad una copla y vamos
a salirles al camino.
(*Rompe la música. Canta uno la copla siguiente:*)

Protege a Jaime en la guerra
Pilarica liberal
para que vuelva a su tierra
con faja de general.

Después de terminada la copla, sin cesar, la rondalla se va alejando pausadamente. Entonces aparece COSME *con el traje descompuesto y manchado como el que acaba de sostener terrible lucha. Cierra la boca de la rampa y se aproxima al foro. Pegado a la puerta espera un momento a que la rondalla se aleje. Cuando ya casi son imperceptibles los ecos de la música, abre, se apodera de la llave, y haciendo con las manos un ademán de terrible despedida a su hermano como diciendo: ¡Ahí quedas! desaparece, cerrando tras sí. Cae el telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La entrada de un valle pintoresco. En el foro monte practicable de derecha a izquierda. A la izquierda el salto de un torrente, cuyas aguas son las que se supone dan fuerza motriz al molino. La fachada de éste en primer término también a la izquierda con la ventana cubierta por un marco de hojas y flores. Toda la decoración llena de rústica poesía. A la entrada del molino un viejo sillón de baqueta.

ESCENA PRIMERA

Aparece la rondalla de bandurrias y guitarras y multitud de campesinos con trajes vistosos al estilo del país

CAMP. I. ¡Que bailen las mozas!
CAMP. II. Dad
la pierna al aire, muchachas.
CAMP. I. Que suenen las castañuelas.
CAMP. II. Y que se oigan las guitarras.
CAMP. I. Hoy es día de la Virgen
y está cerca la llegada
de los soldados que vuelven
licenciados a sus casas.

CAMP. II. A bailar, hasta que suenen
como aviso las campanas.
(*Tiene lugar el baile.*)

ESCENA II

Aparecen JOSE y el TIO ROQUE por el monte

TÍO RO. Ocultad el regocijo
y suprimid la algazara.
JOSÉ. Para bailar y cantar
idos a mayor distancia.
Mis amos no están de fiesta.
CAMP. I. Bueno; nos iremos.
CAMP. II. Vaya;
no hay que enfadarse, José,
la intención fué buena.
JOSÉ. ¡Gracias!
TÍO RO. Id a esperar a los otros
que vienen con Jaime; nada
perderéis... Todos son hijos
de este pueblo. ¡Qué caramba!
Con música recibidles,
que una jota bien tocada
suena bien en los oídos
del que regresa a su patria.
Pero al hijo que ha de ver,
al llegar, la triste falta
del sér que le dió la vida,
acompañadle con lágrimas
y en silencio si queréis
hacerle buena compaña.
CAMP. I. ¿Pero nada se ha sabido
del padre de Jaime?
JOSÉ. Nada;
como si le hubiesen muerto.

AMP. II. La cosa es sobrado extraña;
un hombre que así se va
dejando familia y casa.
ÍO RO. ¡Ea! Seguid mi consejo.
Tomad la senda que a espaldas
está del molino y dad
a los otros serenata,
que esos vienen licenciados
y traen alegre el alma.
OSÉ. Si no queréis que el teniente
descomponga la charanga
pagándoos la fineza
con cuatro tajos por barba.
AMP. I. Vamos, pues.
AMP. II. Siga la fiesta.
(*Vanse tocando por el monte izquierda.*)
ÍO RO. ¡Unos lloran y otros bailan!

ESCENA III

EL TIO ROQUE y JOSE

OSÉ. Pero, ¿y Rosa? Apostaría
a que al tejado subió.
ÍO RO. Y ganarías la apuesta;
no hay como sentir amor
para volar.
OSÉ. Es verdad.
ÍO RO. Y hace bien; como que yo
por ver el primero a Jaime,
me subiría al peñón
más alto de la comarca,
o al campanario, aunque soy
carlista viejo y debiera
mostrar menos expansión,

porque al fin es liberal
y teniente, que son dos
cualidades del demonio.

JOSÉ. Aquí está Rosa... ¡Chitón!

ESCENA IV

ROSA, desde la ventana

TÍO RO. Felices, Rosa, y albricias.
¿Hace fresco en el tejado?

ROSA. Roque, cuánto habéis tardado.
¿Me traéis buenas noticias?

JOSÉ. El amo de la posada
no da por cierto que el coche,
con la tormenta de anoche,
pueda seguir la jornada.

TÍO RO. Y presume, por la cuenta.
que no hallará paso franco
si se ha engrosado el barranco
vecino, con la tormenta.

ROSA. Mi corazón lleno está
de angustia, temo un fracaso.

JOSÉ. No temas, que Jaime acaso...

TÍO RO. Y sin acaso; estará
a salvo de la tormenta
relatando alguna hazaña
de la pasada campaña
metido en alguna venta.

ROSA. (*Saliendo a escena.*)
Os engañáis; la tristeza
le tendrá mudo: en su hogar,
¿qué contento puede hallar?
Vuestro afecto; mi terneza;
el pueblo donde ha nacido;

el cuarto donde dormía,
todo... menos su alegría,
menos su padre querido.
¡Un beso le despidió...
con su padre en deuda está,
mas volverle no podrá
el beso que recibió!

TÍO RO. Yo siento gran alborozo
por verle... pero me callo...
¡No te apures!

JOSÉ. Yo me hallo
entre la pena y el gozo.

ROSA. ¿No sabéis lo que he soñado
anoche?

JOSÉ. ¿Soñaste? ¿y qué?

TÍO RO. Cuéntalo, Rosa.

ROSA. Soñé
que Jaime había llegado,
¿mas cómo? ¡Virgen María!
De mi padre se apartaba,
a su abuela rechazaba
y a todos nos maldecía.
Sueño que me hizo llorar,
pues la vez primera ha sido
que soñándole he sentido
deseos de despertar.

JOSÉ. ¡Vaya un sueño!

TÍO RO. Tontería.

ROSA. ¿Será algún presagio triste?

TÍO RO. Aprensión que sólo existe
en tu cabeza, hija mía.

JOSÉ. Como que Jaime vendrá
luciendo sus entorchados
de teniente.

TÍO RO. Y atusados
los bigotes traerá
como un general carlista.

¡Mal rayo! Vamos a ver
si acabas de padecer.

JOSÉ. Al picacho a darle vista.
¡No hay razón que la convenza!

TÍO RO. (¡Dios me deja de su mano!
pues no llora un veterano
de don Carlos, ¡Qué vergüenza!)
(*Vanse por la izquierda.*)

ESCENA V

ROSA

¿Por qué lloro, si el instante
suspirado se aproxima?
¿No es extraño que se oprima
mi corazón? Semejante
novedad no se concibe.
¿Por qué misterioso azar
siente el pecho malestar
si es dicha lo que recibe?
¡Ay! Ya sé por qué mi amor
da alegrías tan extrañas.
¡Jaime vuelve a estas montañas,
pero le vuelve el dolor!

ESCENA VI

COSME y DOÑA JUANA saliendo del molino

COSME. (*De muy mal talante.*)
¿Lloriqueando? ¡Bien, Rosa!
¿En qué piensas?

).ª JUA. Dejalá...
OSA. No lloraba, padre...
OSME. ¡Bah!
Todavía estás llorosa...
).ª JUA. Te pone de mal humor
la enfermedad, hijo mío.
OSME. Bien puede ser... Con el frío
se agrava.
OSA. (*Acercándose con solicitud.*)
¿Sientes dolor?
OSME. Pero no sale a mis ojos...
¡flaca es tu naturaleza!
Yo tengo más entereza.
).ª JUA. Cosme ¿Por qué esos enojos?
OSME. Tengo fundadas razones
para tenerlos... me enoja
que a cada paso la coja
llorando por los rincones.
).ª JUA. (*A Rosa empujándola dulcemente para que haga mutis por el molino.*)
Vete, hija mía.
OSA. ¡Paciencia!

ESCENA VII

COSME y DOÑA JUANA

OSME. Su primo le roba el seso;
su padre le importa poco.
).ª JUA. No exageres...
OSME. No exagero.
).ª JUA. Todos estamos así
agitados... El momento
de la llegada se acerca
y es natural...

COSME Lo celebro...
que venga, aquí le esperamos..
que venga.

D.ª JUA. ¿Arrugas el ceño?
Ya la guerra ha terminado;
tiene una casa en su pueblo
donde es muy justo que halle
blando pan, caliente lecho
y brazos que le reciban
con amoroso contento.

COSME. Es muy justo... pero tú
no comprendes mis recelos.
¿Qué le dirás, cuando llegue,
de su padre?... ¿Acaso ha muerto
en su cama?

D.ª JUA. ¡Verdad es!

COSME. ¿Se dará por satisfecho
el hijo, cuando le digas:
tu padre falta en el pueblo?
¡Bueno es el mozo! Una pólvora
que arde sin tocar el fuego.
¿No temes que se desborde
como torrente deshecho
y haga en el pueblo un estrago
metiéndose a sangre y fuego?

D.ª JUA. ¡Me asustas, hijo!

COSME. Ya sabes
el por qué de mis recelos.

D.ª JUA. No es tan fiero como piensas:
yo a sus iras pondré freno;
ábrele, Cosme, tus brazos
y déjame a mí el remedio,
que pechos que no se ablandan
ni ante el plomo ni ante el hierro,
se vuelven pasta de almíbar
al calor de un solo beso.

Oyense en este momento los ecos de la rondalla del pueblo imitando el mismo efecto que se produjera al final del primer acto. Cosme se inmuta visiblemente y de un modo involuntario se lleva la mano a la frente como para ahuyentar el peso que le abruma.)

COSME ¿Otra vez?
D.ª JUA. ¿Qué tienes, hijo?
COSME. Nada. Un vahido ligero;
ya pasó.
D.ª JUA. Siempre esas rondallas
te producen mal efecto.
Lo he notado.
COSME. Porque traen
a la mente mil recuerdos
de la juventud y están
muy excitados mis nervios.
(*En este punto óyense las campanas del pueblo.*)

ESCENA VIII

Aparecen TIO ROQUE, JOSE por la izquierda y ROSA por el molino

TÍO RO. ¡La señal!
JOSÉ. Ya están ahí.
ROSA. ¡Abuela!
D.ª JUA. ¿Rosa, qué hacemos?
TÍO RO. Vamos todos a esperarle
hasta el soto por lo menos.
COSME. Yo aquí espero su llegada.
Idos.

JOSÉ. En marcha.
D.ª JUA. Hasta luego.
(*Vanse por la izquierda.*)

ESCENA IX

COSME

¿Por qué la vuelta de Jaime
me preocupa?... ¿Será miedo?
¡que venga!... Pero ¿quién viene
con él? Yo a Jaime no temo.
¿Quién le acompaña que agita
de esta manera mis nervios?
¡Soy un necio! En las tinieblas
quedó mi crimen envuelto;
a todo el pueblo engañé
profundo dolor mintiendo
por la falta del hermano...
Nadie presenció el suceso...
miento... que tuvo un testigo.
¡La Pilarica!.. No hay medio
de hacer hablar a una imagen.
No romperá su silencio.
¡Callará!... Mas, cosa extraña!
Al pensarlo me estremezco;
esa inexorable imagen
de su capilleta en medio,
tiene vida para mí,
toma al verme, movimiento;
y con sus ojos penetra
hasta el fondo de mis huesos.

Sólo recobra su estado
petrificando su cuerpo
ante mis ruegos y espasmos:
pero terminan mis ruegos,
y otra vez para acusarme
toma vida y movimiento:
y el vértigo me acomete
y crujen todos mis huesos...
y así mi vida se acaba
y se desgarran mis nervios.
(*Oyense lejos música y vivas.*)
¡Ya se acerca! ¡Ya está ahí!
Me siento malo: Es el vértigo
que me retienta... ¡Valor!
Yo soy hombre y soy de hierro.
Es menester recobrar
el equilibrio del cuerpo.

ESCENA X

Pasan la rondalla y campesinos con los soldados licenciados, de zquierda a derecha del monte. El director de escena puede aquí presentar un cuadro bien típico de costumbres populares, haciendo que a unos licenciados les rodee una turba de chiquillos; y que a otros les acompañen los padres muy ancianos y las novias con trajes vistosos de día de fiesta. Cuando estos desaparecen, salen JAIME, y, en pos de él, DOÑA JUANA y ROSA enjugándose los ojos. Detrás el TIO ROQUE y JOSE en silencio, cabizbajos y tristes como subyugados por el dolor de JAIME

JAIME. (*Deteniéndose antes de llegar al molino, en medio del mayor silencio.*)
¡Siento que el pecho me salta!
Allí está el molino; Sí...
(*Se adelanta hacia Cosme que avanza también para recibirle. Jaime se apoya en sus hombros exclamando.*)

¡El tío Cosme! ¡Ay de mí!
¡La luz! ¡la vida me falta!
Pausa.
(*Se separa Jaime de los brazos de Cosme. Este retrocede también algunos pasos horriblemente conmovido.*)
Aquí me esperara ufano
si viviera el padre mío.
¿Dónde está mi padre, tío?
¿Dónde está su pobre hermano?
Pausa.
(*Jaime con honda tristeza.*)
¡Silencio triste y fatal!
¿quedáis mudos de estupor
enfrente de mi dolor?...
Lo comprendo; es natural,
porque al fin, decidme ¿ha muerto
de su familia rodeado
y en su lecho, aquel honrado
y excelente padre?

D.ª JUA. Incierto
es su destino...

ROSA. Faltó
y no le hemos vuelto a ver.

TÍO RO. No se ha podido saber
su paradero.

JAIME. Murió
debéis decir... Si viviera,
aquí mi padre se hallara
y en sus brazos me estrechara
y alegre me bendijera.
¡Murió de golpe traidor,
al odio sacrificado,
indefenso, abandonado,
sin venganza... ¡Sin amor!

(*Cosme se tambalea y se deja caer en el banco que antes le sirviera para sentarse. Al verle en aquel estado se le aproximan Doña Juana y Rosa.*)

D.ª JUA. ¿Te sientes malo?...

COSME. (*Procurando rehacerse.*) No es nada.

ROSA. Mi padre se ha conmovido
Jaime.

JAIME. (*Acercándose.*) ¿Está enfermo?

COSME. Ha sido
la emoción que a tu llegada
sentí. (*Dirigiéndose a Roque.*)
Acompáñame al lecho
Roque, a ver si descansando...
Jaime, hasta después...
(*Vase apoyado en el hombro de Roque entrando ambos en el molino.*)

JAIME. (*Aparte mientras hacen mutis.*)
¡Muy blando
el tío en verdad se ha hecho!

ESCENA XI

JAIME, DOÑA JUANA, ROSA y un poco más retirado JOSE

JAIME. Ahora entiendo por qué
no ha buscado al asesino
de su hermano. Mas no importa;
le sobran fuerzas al hijo:
yo le hallaré aunque se esconda
en los profundos abismos
de la tierra.

D.ª JUA. ¡Cálmate!

ROSA. Jaime; ya no eres el niño
que por las eras corría
jugando alegre conmigo.
Ya eres hombre y das espanto.

D.ª JUA. ¿Quieres vengarle? Con tino
y valor todo se alcanza:
mina la tierra, hijo mío,
busca al matador infame;
pero con calma y dominio
de tu espíritu, no sea
que por tus ansias movido
de venganza, el golpe yerres
o te pongas en peligro
y aumentes la desventura
con un nuevo sacrificio.

JAIME. Ese, abuela, es el lenguaje
que suena bien en mi oído.
¡Ira!... escóndete del pecho
en los profundos abismos...
¡Ya soy otro hombre! Bien, Rosa;
eres manojo de hechizos.
No llores... ¡Seca tus lágrimas!
Aunque quisiera que un río
fuesen mis ojos... ¡Aquel
era un hombre! ¡Cuán grande
para el paternal cariño!
¡Era su afán el trabajo!
¡Y su gloria el sacrificio!

ESCENA XII

Aparece el TIO ROQUE saliendo precipitadamente por el molino

TÍO RO. Abuela ¡Le ha dado el vértigo!

D.ª JUA. ¡El vértigo!...

ROSA. ¡Padre mío!
(*Entrando precipitadamente en el molino.*)

ESCENA XIII

AIME. y JOSE que permanece retirado en un ángulo de la escena

AIME. Vértigos a mí me dan,
pero son de rabia y pena.
¿Cómo el alma se serena
sintiendo tan negro afán?
¿Dónde estás sombra querida
del padre a quien tanto amé?
¡Aquí al partir te dejé!
Recuerdo tu despedida.
«Cuando retumbe el cañón
»y empiece el combate fiero
»mitiga el ardor guerrero;
»piensa en el pobre rincón
»donde dejas a tu padre,
»donde están tus afecciones
y te piden oraciones
las cenizas de tu madre.»
Ya volví, padre querido.
¿Quién te ha escondido a mi vista?...
¿Por qué una bala carlista
no me habrá el pecho partido?

OSÉ. (*Acercándose con temor y cuadrándose militarmente.*)
¡Mi teniente!

AIME. Buen amigo,
como no sepas callar
que has visto a Jaime llorar,
no cuentes nunca conmigo.

JOSÉ. Ya sé lo que es el dolor,
aunque mi ama es la alegría.
JAIME. Dame esa mano.
JOSÉ. A fe mía
que la esperaba, señor.
JAIME. Compañeros hemos sido
JOSÉ. Y de verdad, mi teniente.
JAIME. Jaime, lisa y llanamente
me has de llamar; sin cumplido.
(1) *** Con que el día que llegaste
faltó mi padre?
JOSÉ. Faltó
ese mismo día.
JAIME. ¿Y no
le buscaron? ¿No observaste
señal alguna ni indicios
de su paradero?
JOSÉ. En vano
le buscamos por el llano,
por sierras y precipicios.
Pero una cosa yo sé
que no he querido decir
a nadie.
JAIME. **Habla.**
JOSÉ. Al salir
del molino, me fijé,
por una chispilla inquieta
de las que saltan con brillo
fugaz, en el farolillo
que luz da a la capilleta
de la Virgen.
JAIME Y antes falta
el pan en mi casa que
falta esa luz.

(1) Todos los versos comprendidos entre este signo y el que sigue formados por asteriscos, se suprimen de esta escena cuand se representa el cuadro episódico, donde ya van incluídos.

JOSÉ. Lo sé.
Por el alma de Peralta
fuimos al templo a rezar...
Tu padre en casa quedó,
pero venir ofreció,
en breve, al santo lugar.
Su ausencia muy prolongada
nos hizo a casa volver,
y sorpréndete, al saber
que la encontramos cerrada.
Entonces yo me metí
por una ventana abierta,
y desde dentro, la puerta
con algún esfuerzo abrí.
Tu padre había salido
cerrando luego con llave.
JAIME. ¿Dónde se fué?
JOSÉ. ¡Dios lo sabe!
¡Ya le habíamos perdido!
Todo en orden se encontraba
por dentro; mas yo al entrar
noté vacío el lugar
que antes la luz ocupaba.
JAIME. ¿Y el farol?
JOSÉ. No lo encontré
por parte alguna.
JAIME. Es extraño
¿Y qué hiciste?
JOSÉ. Un buen apaño;
puse otro y me callé;
aunque medió gran recelo,
porque al fin un farolillo
no es igual que un pajarillo
que puede tender el vuelo. ***
JAIME. ¿Qué más lograste saber?
Aguza el ingenio.

JOSÉ. Nada.
La Pilarica callada
no se digna responder
a las preguntas que le hago.
JAIME. ¿Y cómo ha de contestar
una imagen?...
JOSÉ. Sin hablar
puede darnos luz en pago
de la fe que nos inspira.
La digo: ¿Y el farolillo?...
y toman sus ojos brillo,
y hasta creo que me mira.
JAIME. Tú sospechas algo más.
JOSÉ. ¡La abuela!...
JAIME. La abuela, sí.
Espera cerca de aquí:
luego el resto me dirás.
(*Vase José por el foro.*)

ESCENA XIV

Dichos y DOÑA JUANA saliendo del molino

JAIME. (*Saliendo a su encuentro. Acariciándola y besándola con mucha ternura.*)
Ven, abuela... Siéntate,
y a mis preguntas contesta,
mas pon en cada respuesta
toda el alma.
D.ª JUA. Así lo haré.
JAIME. El ángel de tu cariño
en mi alegre infancia fuí;
no mires al hombre en mí,
sigue contemplando al niño.

Mas no quedes tan perpreja;
imagínate en sustancia
que estamos, como en mi infancia,
devanando una madeja.
Pausa.
Llevo aquí una pesadilla
por un problema sencillo.
Dime, abuela; un farolillo
que da luz a una capilla,
¿para qué sirve además?

).ª JUA. Vaya una pregunta.

AIME. Pues
encierra mucho interés.

).ª JUA. ¿Acaso en tu juicio estás?
Explícame...

AIME. Poco a poco;
ahorremos ese trabajo
echando por el atajo,
tu por cuerda, yo por loco.
Pausa.
Me escribísteis que notaba
mi padre, cuando salía
de noche, que le seguía
un hombre en quien recelaba.
¿No es verdad?

).ª JUA. Eso contó.

AIME. ¡Era el matador infame!
Ayúdame abuela; dame
alguna luz. ¿Se eclipsó
de tal modo el hombre aquel
que a todos os ha burlado?
¿De nadie habéis sospechado
con fundamento o sin él?
Cansa la imaginación;
pronuncia un nombre al azar;
sospechar por sospechar
¿no te lo da el corazón?

D.ª JUA. No, Jaime.
JAIME. (*Contrariado.*) A ver si en la lista
asoma de los contrarios
que tuvo mi padre; a varios
te citaré.
D.ª JUA. ¡Dios me asista!
JAIME. ¿Andrés el cojo?...
D.ª JUA. Ese no.
JAIME. Un carlista contumaz.
D.ª JUA. Pero Andrés es incapaz...
JAIME. ¿Y el herrero. El que riñó
con mi padre un día?...
D.ª JUA. ¡Calla!
JAIME. Tienes razón; es un hombre
excelente... No te asombre
mi norma; en esta batalla,
como en todas, se hace fuego
a granel. ¿Y los hermanos
Benítez?
D.ª JUA. ¡Los castellanos!
¡Bah!
JAIME. Siempre con gran despego
le trataban.
D.ª JUA. Pero no
para desear su muerte
ni menos...
JAIME. Esa es su suerte;
lo mismo he pensado yo.
¡Vive Dios! ¿Y Antón el viejo?
Capaz eres de afirmar
que el viejo no sabe odiar.
D.ª JUA. ¡Antón!...
JAIME. Me dejas perplejo
D.ª JUA. Oye Jaime.
JAIME. Dí.

D.ª JUA. ¿Por qué
del tío no te aconsejas?
¿Guardas rencillas añejas?

JAIME. ¿Del tío? ¡Ah! ¡Sí! Deberé
acudir a su consejo.
Puede que encuentre fortuna
liquidando una por una
las cuentas del tiempo viejo.
¿Pero acaso eran hermanos
mi padre y él?

D.ª JUA. Es verdad;
mas no evoques, ¡por piedad!
viejos recuerdos insanos.
Tu tío apura esa hiel
pensando en tu padre inquieto;
tanto, que ese es el secreto
de su enfermedad cruel.

JAIME. ¿Tan inmenso es su dolor?
¡Oh corazón excelente!

D.ª JUA. No te burles. Cosme siente
no haberle dado el amor
fraternal que le debía,
porque piensa que a él unido
no le hubiéramos perdido
y hermano y salud tendría.

JAIME. ¡Eso mi tío ha contado!...
¡Vive Dios que me enternece!

D.ª JUA. Tú, Jaime, a lo que parece
no te olvidas del pasado
y le miras con recelo,
faltando así a tu deber.

JAIME. Te engañas; hemos de ser
muy amigos. ¡Vive el cielo!
Todo al cabo se concilia
con paciencia y buena fe;
muy pronto le llamaré
a consejo de familia.

¿Pero has visto? (*volviéndose rápidamente.*)

D.ª JUA. ¿Qué pasó?

JAIME. Nada.

D.ª JUA. Jaime, me estremeces:
¿qué ha sido?

JAIME. Que algunas veces
la sombra que le mató
veloz cruza ante mis ojos;
clavo en ella la mirada
y huye al momento aterrada
cual temiendo mis enojos.

D.ª JUA. Negro afán que te desvela.

JAIME. Fantasma que tú no ves.

D.ª JUA. Porque no deliro.

JAIME. Pues
que Dios te conserve, abuela,
los ojos para mirar
y el juicio para entender;
poco de ti he de saber
y me marcho a delirar.
Adiós.

D.ª JUA. ¿Me dejas así
en mil dudas zozobrando?

JAIME. Ya saldrás de dudas.

D.ª JUA. ¿Cuándo?

JAIME. Cuando Dios quiera.

D.ª JUA. ¡Ay de mí!
(*Vase por el foro.*)

ESCENA XV

Aparece COSME por el molino

COSME. ¿Dónde va ese arrebatado?
D.ª JUA. A buscar al asesino
de su padre.
COSME. (*Aparte, con profunda intención.*)
¡Mal camino!
D.ª JUA. ¿Y tú?
COSME. Me encuentro aliviado.
Sobre los hombros sostén
va perdiendo la cabeza.
Roble que a ceder empieza
porque es muy rudo el vaiven.
Pero estás preocupada;
algo extraño noto en ti.
¿Hablaste con Jaime?
D.ª JUA. Sí.
COSME. ¿Y qué dice?
D.ª JUA. Mucho y nada.
COSME. ¿En qué quedamos?
D.ª JUA. Porfía
y a las sombras amenaza.
COSME. ¿A las sombras...?
D.ª JUA. Y va a caza
de una de ellas.
COSME (*Estremeciéndose.*) ¡Cacería
singular! ¿Y en qué se funda?
D.ª JUA. Qué sé yo... Se ha encastillado
en que una sombra ha matado
a su padre.

COSME. (Muy profunda
es su intención.) ¿Piensa así
el misterio descifrar?
D.ª JUA. Nada te puedo afirmar,
pero presumo que sí.
Pausa.
COSME. Jaime te habrá dicho...
D.ª JUA. Nada:
lo deduzco solamente,
por las nubes de su frente
y el brillo de su mirada.
Dice que es su pesadilla
un problema muy sencillo.
Pregunta si un farolillo
que da luz a una capilla
puede otro empleo tener.
COSME. ¿Eso dice? (*Poniendo el gesto espantado.*)
D.ª JUA. Y contestar
no he sabido.
COSME. Debe estar
ofuscado.
D.ª JUA. Puede ser.
COSME. Algo más habréis hablado.
Recuérdalo, madre.
D.ª JUA. Sí,
La historia le referí
de aquel siniestro embozado.
COSME. (¡Maldición!) (*Aparte.*)
D.ª JUA. Y sigue a ese hombre
con un pensamiento fijo
y tenaz.
COSME. Mas, ¿no te dijo
si sospechaba su nombre?
D.ª JUA. Buscando luz y consejo
removiendo odios pasados,
por senderos ya olvidados

vólvimos al tiempo viejo;
de su padre fué citando
los contrarios, uno a uno,
mas no resultó ninguno
de ellos, el que va buscando.
Ese en su mente se encierra;
y algún duende debe ser
o le ha debido esconder
en sus entrañas la tierra.
Pero Jaime no desmaya;
busca, inquiere, no reposa;
siente esa fe prodigiosa
que hasta lo increible raya,
y hombre o duende ha de seguirle
sin cesar hasta encontrarle;
si es duende, para ahuventarle:
si es hombre, para decirle:
infame, ya te he cogido;
la dicha me has arrancado
con el ser más adorado
y el objeto más querido;
si tienes madre, traidor,
¿cómo al herir no pensaste
en la infeliz, que dejaste
muerta, en vida, de dolor?
Devuelve a esa pobre madre
y al hijo desesperado
el bien que les has quitado;
devuelve la vida a un padre
que era la luz de su hogar;
devuelve lo que has robado,
ladrón, a un hogar honrado
por el placer de matar.
(*Cosme, que se ha ido encogiendo aterrado mirando a su madre, abstraída en su dolorosa indignación, cae*

al llegar aquí de rodillas ante ella produciéndose un fuerte golpe, a cuy ruido D.ª Juana se fija en él, y a verle en el suelo, interpretando a s manera el hecho, dice, asustad acercándose a él y cogiéndole en su brazos.)

D.ª JUA. ¡Jesús, qué golpe se dió!
Vuelve en ti, hijo mío...

COSME. ¡Ah!
¿Madre, eres tú?

D.ª JUA. ¿Pasó ya?

COSME. No te alarmes, ya pasó.
Yo no sé lo que sentí
que mis ojos se nublaron,
las piernas me flaquearon
y de rodillas caí.

D.ª JUA. Qué terrible enfermedad
has adquirido, hijo mío;
bañada está en sudor frío
tu frente.

COSME. La tempestad
en mis nervios cuerpo toma;
se va luego condensando
y de súbito estallando,
lanza un rayo y me desploma.
Tienes razón, madre mía;
muera el infame asesino,
pero en obscuro destino
y en prolongada agonía.
Que el dolor sea una hiedra
que le aprisione cruel
hasta que brote la hiel
en su corazón de piedra.
Que no encuentre un alma amiga,
ni bienes, ni regocijos;
que le maldigan sus hijos;

que su madre le maldiga
y le abrase, si lloró,
con el ardor de su llanto.
Pero... ¿Qué digo? No tanto...
Madre, eso es mucho... eso no.
(*Abrazándose a su madre y cubriéndola de besos.*)

ESCENA XVI

Dichos y ROSA, que sale del molino

OSME. ¿Qué quieres tú? ¿Quién te llama?
OSA. Pensaba que...
OSME. No está aquí
tu primo.
OSA. Vengo por ti.
OSME. Ningún auxilio reclama
tu padre...
.ª JUA. Por caridad,
Cosme; es tu hija.
OSME. (*Aparte.*) Lo dudo.
.ª JUA. Enfermo más testarudo
que tú, no le hay en verdad.
Mira, Rosa, se ha empeñado
en que nada necesita
y contra todos se irrita.
OSA. A la Virgen le he rogado
que te vuelva la salud.
OSME. ¿Tú?
OSA. La Virgen milagrosa
me escucha siempre.
.ª JUA. ¡Bien, Rosa!
OSME. Inútil solicitud.
.ª JUA. Pero aquí Jaime se acerca.

ROSA. Y le acompaña José.
COSME. (¡Se han unido! Lucharé,
que ya el peligro está cerca.)

ESCENA ULTIMA

Dichos, JAIME y JOSE, por el foro, y ROQUE por el molino. JAIME muy irónico, conteniendo el ansia que quiere escapa de su pecho

JAIME. ¿Todos aquí? Qué me place.
¿Ya se ha serenado el tío?
COSME. Ya tengo fuerzas y brío
para todo. Me rehace
muy pronto la voluntad.
¿Y tú, te has tranquilizado?
JAIME. Lo haré, cuando haya vengado
a mi padre.
COSME. En realidad
es muy justo tu dolor
y se explican tus afanes
y que te abismes en planes
persiguiendo al matador.
Yo también lo hubiera hecho
con mejor naturaleza.
JAIME. (¡José...!) (*Aparte a José.*)
JOSÉ. (*Idem a Jaime.*) (Grande es su entereza.
JAIME. ¡Gracias!... Estoy satisfecho.
Pero apoyo necesito
para tan sagrada empresa.
COSME. Si mi auxilio te interesa,
tómalo.
ROSA. Jaime; repito
las palabras de mi padre.

TÍO RO. Manda; haremos cuanto quieras.
D.ª JUA. Porque fortuna tuvieras,
¿qué no te diera una madre?
JAIME. Escucha con atención:
rastro el crimen no ha dejado;
sólo un testigo ha quedado
de singular excepción.
D.ª JUA. ¡Cómo!
TÍO RO. ¿Un testigo?
COSME. (*Aparte, revolviéndose en su asiento.*)
Me abrasa
la ansiedad.
JAIME. No cabe engaño,
porque ese testigo extraño
está dentro de la casa.
D.ª JUA. ¿Qué dices?
COSME. ¿Cómo se explica
eso?
JOSÉ. (*Aparte a Jaime.*)
(Grande es su interés.)
TÍO RO. ¿Dentro de casa?...
ROSA. ¿Quién es?
COSME. Dilo ya.
JAIME. ¡La Pilarica!
TODOS. ¡La Virgen!
JAIME. Sin duda alguna.
COSME. Tu testigo es muy callado.
No hablará. Por ese lado
tendrás muy poca fortuna.
JAIME. Habló ya.
D.ª JUA. ¡Qué desatino!
COSME. ¿Que habló la Virgen?
JAIME. Habló
a su manera, y nos dió
la pista del asesino.
COSME. (Mi frente en sudor se anega.)

JOSÉ. (*Aparte a Jaime.*)
(Cambió su faz de color.)
JAIME. (*Con solemnidad.*)
Mudos estáis de estupor.
Hubo un Cristo de la Vega
a quien un Juez fué a tomar
declaración, y no en vano,
porque desclavó una mano
el Cristo, para indicar
con semejante prodigio
el testimonio que hacía:
y una Virgen, otro día,
donde no quedó vestigio
ni señal en parte alguna
de cierto crimen horrendo,
marcó al autor descubriendo
sus señas, una por una.
Obra la fe maravillas
por don sobrenatural.
Vamos, en juicio formal,
a ponernos de rodillas
ante la imagen sagrada
y ¡ay! del infame asesino.
D.ª JUA. No hay que andar mucho camino.
TÍO RO. Verdad pronto demostrada.
ROSA. Vamos todos.
JAIME. Esperad;
os lo suplico... un instante.
¡Que vaya el tío delante!
JOSÉ. Tiene razón.
COSME. Aguardad.
Yo el primero... ¿Por qué no?
D.ª JUA. En mi brazo apóyate.
COSME. Quiero ir solo. Déjame.
Aun tengo espíritu yo.
(*Se levanta, pero permanece parado, a pesar de los terribles esfuerzos que*

hace para afrontar la situación en que le coloca Jaime.)

JAIME. ¿Qué es eso? ¿Se siente mal?
COSME. Es la ruín naturaleza.
JAIME. Saque fuerzas de flaqueza.
COSME. Eso quiero; voto a tal.
ROSA. Padre, ¿no quieres mi ayuda?
COSME. Dije que solo he de ir.
JOSÉ. (*Aparte a Jaime.*)
(Si finge, sabe fingir.)
COSME. (*Llegando con mucha dificultad y agarrándose a la puerta del molino.*)
Vencí en la tarea ruda.
Aun tengo fuerza y valor.
Mas ¿qué es esto? (*Vacila.*)
JAIME. ¿Pierde el brío?
COSME. ¡No puedo más!.. (*Se tambalea y cae.*)
ROSA. (*Corriendo con doña Juana en su auxilio.*)
¡Padre mío!
JAIME. (*Aparte con desesperación.*)
(¡Sospecha! ¡me das horror!)

(*Cuadro: D.ª Juana y Rosa auxiliando a Cosme. José haciendo un ademán con la mano como diciendo: Hemos acertado, y Jaime lleno de estupor, como si se hubiese abierto un espantoso abismo a sus pies. Cae el telón.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala corta en las habitaciones superiores del molino con ventana al foro que da al campo. Detrás del telón del foro debe estar preparada la decoración del cuadro II de este acto.

ESCENA PRIMERA

El TIO ROQUE y JOSE saliendo por la derecha

TÍO RO. ¡Nada, José!
JOSÉ. Nada, Roque.
TÍO RO. Infructuosa misión.
JOSÉ. No ha sido el odio político
quien a su padre mató.
¿Tú no sospechas de alguno?
TÍO RO. Soy un *porro*, pero soy
prudente.
JOSÉ. Pero algo sabes
y te lo callas.
TÍO RO. Mejor
será que nada te diga.
José, confundido estoy.
JOSÉ. ¡Bah! Tú sospechas del tío.
¡También en tu corazón
se esconde esa sierpe!

TÍO RO. ¡Calla!...
JOSÉ. No abrigues temor alguno; nadie nos oye.
TÍO RO. José, acertaste. ¡Que Dios me perdone si le ofendo con mi recelo traidor. ¡Eran enemigos!
JOSÉ. Pero eran hermanos...
TÍO RO. Pasión de celos. ¡hum!...
JOSÉ. Pero puede sentirlos un hombre y no matar.
TÍO RO. Cosme cree que Rosa no es su hija.
JOSÉ. ¡Por favor, Roque!
TÍO RO. ¿Sabías tú eso? Ahí tienes la razón de los rencores de Cosme. ¿No ves con qué desamor trata a su hija?
JOSÉ. En efecto; jamás un beso le dió en mi presencia.
TÍO RO. Jamás una caricia. El amor en ese padre es recelo.
JOSÉ. ¡Tropiezos del corazón! ¿Y ese recelo?...
TÍO RO. Es antiguo; sobre la cuna brotó de Rosa. Su padre, ciego, no vió el fruto de su amor en ella.
JOSÉ. ¿Qué dices?

ío Ro. Cosme,
lleno de mala pasión,
creyó ver en el semblante
de la niña, un resplandor
del de su hermano, y aquello
su existencia envenenó.
(*Pausa. Conociendo que ha dicho demasiado.*)
Me has sonsacado, José,
mas con una condición:
que Jaime...

OSÉ. ¡Oh! Nada temas.
Seré un sepulcro... ¡Qué horror!
Creer que Rosa es hermana
de Jaime...

ío Ro. Sepúltalo
en un rincón de tu pecho.
Rosa me da compasión.

OSÉ. ¿Por eso callaste?

ío Ro. Cierto;
La pobre le tiene amor
a su primo, y esa duda,
aborto de la pasión,
bastaría para hacer
la desdicha de los dos.

OSÉ. ¡Jaime!

ío Ro. Silencio.

ESCENA II

Dichos y JAIME por la izquierda

AIME. ¡Hola, amigos!
¿Nada habéis sabido?

ío Ro. No.
En el pueblo nadie sabe
darnos la pista menor.

El día de la llegada
de José, en celebración
de tu ascenso aquí venimos
con la rondalla, mas no
encontramos a tu padre;
ya había salido, Dios
sabe dónde. Eso es lo único
que recuerdan... Pero yo,
Jaime, deseo decirte
que sospechas sin razón
de los carlistas del pueblo,
extraviado en tu dolor.

JAIME. Roque, alárgame tu mano.

TÍO RO. Tú ya me comprendes... Soy
torpe de lengua... Quisiera
explicártelo mejor,
pero no puedo.

JAIME. ¡Qué importa!
Mi padre... ¡Qué corazón
tan grande el suyo! Mi padre
decía de ti: «No hay dos
hombres como el tío Roque.
Ese viejo setentón,
se me ha metido en el alma.
Tiene un daño: es hablador
como pocos, pero acierta
cuando da con la intención.»

TÍO RO. Dame los brazos. Tú eres
digno de tu padre. Horror
me causaba tu sospecha.
Heredaste el corazón
de aquel hombre valeroso.
Mira; si hallas al infame
que la vida le arrancó,
no me ocultes el hallazgo,
no le mates, por favor...

deja que caiga en las manos
de este viejo setentón.
Con los años, **cuando** hubo
en la juventud vigor,
se endurecen los tendones;
los nervios de hierro son;
deja que le eche las zarpas
y verás con qué primor
le doy garrote con ellas,
viejo y todo como soy.

AIME. Dejarle a otro la dicha
de matarle... ¡Qué ilusión!
(*Suena el toque de ánimas en el campanario del pueblo.*)
¡El toque de ánimas! Idos
al descanso... Al resplandor
del alba venid a verme.

OSÉ. ¿Y tú?

AIME. Tengo el corazón
destrozado y bien me encuentro
a solas con mi dolor.

IO RO. ¿Por qué en la cama no buscas
reposo?

AIME. Nervioso estoy
y no podría dormir.

OSÉ. ¡Buenas noches!

AIME. Id con Dios.
(*Vanse Roque y José por la derecha.*)

ESCENA III

JAIME

Solo estoy en triste calma
con mi duda maldecida,
obscura yedra adherida
a las ruinas de mi alma.

Duda que toca a su fin
para llamarse certeza
y que a pedirme ya empieza
justicia contra un Caín.
La prueba es harto segura;
¿qué falta para formar
todo el proceso? Encontrar
un cuerpo; una sepultura.
¡Aire! ¡Luz! (*Abre el balcón o ventana del foro y aparece el fondo iluminado por la luna.*)
Hermoso cielo
lleno de estrellas; la luna,
como en noches de fortuna,
indiferente a mi duelo,
vierte hermoso resplandor.
¡Quién sabe si se ha bañado
en el cuerpo ensangrentado
de mi padre, ese fulgor!
(*Oyese a lo lejos el son de la rondalla y una voz que canta la copla siguiente:*)

Es la jota tan extraña
que con encanto divino
igual se moja con vino
que con lágrimas se baña.

JAIME. ¡Bien el pueblo se divierte!
Allá el goce satisfecho,
aquí la angustia en el pecho;
allá alegría; aquí muerte.
Me encuentro desorientado;
debo seguir un camino
¿pero cuál? El asesino
toda huella habrá borrado.

Misteriosa sepultura,
dí si eres entraña obscura
o eres abismo profundo.
Mira, padre, cuán insano
es este ánhelo sin fin,
que ya el nombre de Caín
le doy a tu propio hermano;
que voy a dudar en pos
hasta de tu propia madre;
que sólo me falta, padre,
que ponga la duda en Dios.
Ten piedad de mi agonía;
dame luz; ven a mi encuentro
que yo por verte, hasta al centro
de la tierra bajaría.

ESCENA IV

Dicho y ROSA por la izquierda

ROSA. ¡Jaime!
JAIME. (*Contrariado.*)
¡Rosa!
ROSA. ¿Te incomodo?
Entonces me voy.
JAIME. Aguarda;
pero no... Puedes dejarme
solo.
ROSA. Me quedo. Tu alma
pide amor y compañía.
Jaime, vengo a que compartas
tu pena conmigo. Antes
en mis ojos te mirabas;
ahora te alejas de mí.

JAIME. Cuando la pena se agarra
al corazón, se desea
la soledad y se ama
el silencio... ¡Pobre Rosa!
Ahora noto que estás pálida
como la cera; tú eres
la única en esta casa
que por el pobre soldado
ha vertido algunas lágrimas.

ROSA. ¡Tantas veces he llorado!
Las vertí con la esperanza
de que la Virgen bendita
te volviese a estas montañas;
mas te ha vuelto sin amor
para aumentar mi desgracia.

JAIME. ¿Sin amor dices?...

ROSA. ¡Ingrato!
Seis años te espera un alma
que vive de los recuerdos
en un rincón de esta casa;
y llegas y ni una frase
de atención... ¡Ni una mirada!
Y aun ahora no me escuchas.
¿En qué piensas? ¿Quién encanta
tus ojos?

JAIME. ¿Quién? ¡Una sombra!
¿Mas que digo? ¡Ténme lástima!
¡Soy muy desgraciado, Rosa!
(*Dejándose caer en una silla.*)

ROSA. ¿Tienes en mí confianza?
vamos a ver si consigue
la pobre Rosa olvidada
mitigar tu justa pena
con recuerdos de la infancia.
¿Los has olvidado? Ibamos
al pico de la montaña
para jugar a la puerta

de la ermita solitaria,
y rendidos de fatiga
nos volvíamos a casa
en el carro del molino
sobre las mieses doradas.
¿Lo olvidaste?

AIME. No; prosigue.
(¡Dulces ecos de mi infancia!)

OSA. ¿Te acuerdas de aquel mendigo
que hallamos?

AIME. La Virgen pasa,
dijo al verte.

OSA. Por limosna
le dimos una guirnalda.
Llevábamos sólo flores,
hojas silvestres y cañas.

AIME. Y el pobre tomó la flor
enjugándose las lágrimas.

OSA. ¿Recuerdas cuando cogiste,
con auxilio de una escala,
el farolillo que alumbra
a la Pilarica?...

AIME. (*Agitado.*) Acaba;
¿para qué tomé esa luz?

OSA. Para bajar por la rampa
que conduce al subterráneo.

AIME. ¡Divinos Cielos!...

QSA. Y gracias
que la abuelita...

AIME. ¡Es verdad!...

OSA. ¿Cómo? ¿No lo recordabas?

AIME. Para bajar es preciso
tener luz. La cosa es clara.
Mi padre tomó el farol
de la capilleta... ¡Gracias!

¡En ti está la Pilarica
y por tus labios acaba
de iluminarme!

ROSA. ¿Qué ocurre?

JAIME. No digas ni una palabra.
Adiós.

ROSA. ¿Dónde vas?

JAIME. Abajo.

ROSA. ¿Pero dónde?

JAIME. A las entrañas
de la tierra.

ROSA. Yo te sigo.

JAIME. No; detente. Espera y calla.
(*Vase Jaime por la derecha.*)

ESCENA V

ROSA

¿Dónde va Jaime? ¿Qué intenta?
¿Hacia qué abismo se lanza
con ese afán de venganza
que su espíritu alimenta?
Sombras, misterios, dolor;
la ventura me quitáis
y a Jaime me arrebatáis
que es mi esperanza y mi amor.

ESCENA VI

COSME por la derecha abstraído sin reparar en ROSA

ROSA. ¡Padre!

COSME ¿Quién llama?

ROSA. Yo, Rosa.

OSME. ¿Eres tú?
OSA. Sí.
OSME. ¿Todavía
en pie? ¿No te acuestas?
OSA. Luego;
sólo que tú necesitas
más descanso, y fuera estás
de la cama todavía.
OSME. Antes sonó el toque de ánimas.
A mí me causa fatiga
acostarme tan temprano.
Las sábanas son ortigas
para mi cuerpo; me envuelven
como en un manto de espinas.
¡La cama! ¡Horrible tormento!
OSA. Padre; orando te fatigas
al pie de la capilleta
OSME. (*Mostrando una súbita y profunda sorpresa.*)
¿Eh? ¿Vigilas
a tu padre?
OSA. ¿Te he enojado?
Perdóname.
OSME. Si marchita
viste en el suelo mi frente
con el pensamiento hundida;
si mi cuerpo y si mi alma
hacia la tierra se inclinan,
es porque a caer empieza
y a desgajarse mi vida.
OSA. ¿Qué hay debajo de la piedra
donde clavas las rodillas
padre?
OSME. (*Poseído de inmenso terror y cogiendo violentamente a su hija de un brazo.*)
¿Qué? ¿Tú sabes, Rosa...?
¿Dilo ya?

ROSA. ¿Por qué me miras
de ese modo?
COSME. ¿No contestas?
ROSA. Qué sé yo... ¿Quién lo adivina?
COSME. (¡Ah! Nada sabe... ¡Respiro!)
Agua que se precipita
vertiente abajo... Que cae
y que se revuelve y gira
dando vuelta a los molinos.
No es ninguna maravilla
la extraña curiosidad
que así el sosiego te quita.
Vete. Deseo estar solo.
El silencio dulcifica
mis dolores...
ROSA. Como quieras
(Jaime... ¡Que el Cielo te asista!)
(*Vase Rosa por la izquierda.*)

ESCENA VII

COSME

Solo quedé. Solo no;
con mi conciencia. Enemigo
con quien ha tiempo que estoy
luchando a brazo partido.
Maté a Juan, y allá quedó.
El ya no sufre. Le envidio
por la paz que está gozando.
Quien sufre soy yo. Castigo
de Dios tal vez... Mas no quiero
llevar por ese camino
a la conciencia... Hace falta
ir de frente hacia el abismo
que se abre en torno de mí.

Ya en todos los rostros miro
desconfianzas y sombras
y palideces y signos
que me acusan... Jaime está
de mi crimen convencido.
Rosa se alarma; José
escarba en todos sentidos.
¡Mi madre!... Mi madre es ciega;
la duda no encuentra abrigo
en su corazón... ¿Qué falta?
La prueba de mi delito.
Es necesario borrar
este terrible vestigio
de mi culpa. Jaime tiene
mucho olfato, un gran instinto
y acabará por hallar
el cuerpo de Juan, que herido
cayó sobre unos peñascos...
He sido un cobarde, un niño.
José y Roque se acostaron;
mi madre y Rosa lo mismo
están haciendo; un sepulcro
solitario es el molino.
¡Es necesario bajar
de nuevo a ese negro abismo!...

Suena a lo lejos el son de la rondalla que pasa, repitiéndose aquí los efectos del primero y segundo acto. Cosme se estremece, aplica atentamente el oído, encorvado y poseído de extraño terror. La música decrece luego hasta desvanecerse. Cosme lanza un ¡Ah! de satisfacción, se rehace y mostrando una súbita y feroz energía, vase por la izquierda.)

CUADRO SEGUNDO

El interior de un subterráneo que sirve de hondo cauce a la aguas del torrente. Esta decoración deberá tener un aspect salvaje. Nada ha hecho allí el hombre; todo es obra de l naturaleza. Las aguas que ahora no circulan por hallars arriba cerrada la compuerta, tienen dirección y cauce d derecha a izquierda, cayendo desde lo alto. Al foro, en ángulo izquierdo, entre las rocas vestidas de yerba húmed y viscosa, se abre un enorme boquete, a metro y medio d altura. El cauce del torrente se interpone entre esta cueva y l rampa practicable que desde las bambalinas conduce a un especie de meseta o grupo de rocas que se eleva sobre fondo a igual altura que la entrada de la cueva. Para llega a ésta es necesario cruzar el cauce del torrente que está en l más hondo. La decoración aparece dentro de una gra obscuridad.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparece JOSE bajando por la ramp con un pequeño farol

Caramba y cómo se abisma
aquí la imaginación.
José, al primer resbalón
que des, te rompes la crisma.
(*Sigue bajando. Antes de llegar a fondo descansa en la especie de me seta que forman las rocas y dic mirando hacia arriba.*)
¡Buen vertedero de roca
para engrosados torrentes!

¡Pues no tiene pocos dientes
el condenado en la boca!
(*Aplicando el oido.*)
Creí que Jaime llamaba.
¿Habrá sido ilusión mía?
Que llamaba juraría
y también que sollozaba.
¡Jaime!.. ¡Jaime!.. No responde.
Esa sombra da temor;
¿qué misterio o qué dolor
en sus entrañas se esconde?

ío Ro. (*Desde arriba.*)
¡José!...

osé. ¡Roque!

ío Ro. ¿Qué hay ahí?
¿Por qué bajas?

osé. Voy siguiendo
a mi amo...

ío Ro. Pero...

osé. ¡Chist!
No hables alto.

ío Ro. ¡Estoy creyendo
que busca...!

osé. Pienso que sí.
Bajó pálido y nervioso;
estuvo un rato mirando
a la Virgen, y estallando
de súbito entre furioso
y contento... Dijo: Sí.
No puede ser más sencillo
el uso del farolillo.
Todo el secreto está aquí.
Pon en la Virgen la vista.
¿No ves que mira hacia el suelo
por un milagro del Cielo
o por obra del artista?

¿No hay debajo de esta losa
un subterráneo camino
que a espaldas da del molino
con salida tenebrosa
como la boca de un lobo?
Es muy cierto... ¡Vive Cristo!...
Tú te has pasado de listo;
yo me he pasado de bobo.
Bajó después la compuerta
que da otro cauce al torrente,
y aquí se metió el teniente
dejando la rampa abierta.
Yo le seguí y aquí estoy.
Cierra, Roque y ten cuidado
del torrente... Asegurado
debes tenerle...

TÍO RO. Allá voy.

JOSÉ. (*Al ver en el fondo de la cueva la lu del farolillo que lleva Jaime.*)
¡Ah! Por fin... Ya la luz veo
que se refleja en su cara.
¡Jaime!... A venir se prepara
si no me engaña el deseo.

ESCENA II

Aparece JAIME por el boquete llevando en la mano un cofrecillo, un puñal y una carta. Se dirige lentamente a la meseta salvando las dificultades que le ofrece el subterráneo. Sin decir palabra se sienta, al llegar a ella, sobre una roca con muestras de la más sorda desesperación

JOSÉ. Pareces un alma en pena
o más bien cuerpo sin alma.
¿Le hallaste?... Vamos, ten calma
y el espíritu serena;
¿por qué tan ciego dolor?

¿Desgarrarte el pecho quieres?
Jaime; no te desesperes.
Hazte, por Dios, superior.

AIME. Aquí el puñal asesino.
La carta aquí ensangrentada.
¡Mensajera infortunada,
llegas tarde a tu destino!
Aquí el paternal tesoro
también en sangre manchado.
¡El afán de un hombre honrado
convertido en onzas de oro!
Cada real una fatiga;
cada moneda un sudor...
¡es un tesoro de amor
que a eterno recuerdo obliga!
¡Padre! ¡Padre sin ventura!
El beso que te debía
tómelo esta roca fría
que te ha dado sepultura.
(*Pausa. Irguiéndose luego con fiereza.*)
Basta ya de inútil llanto.
Este hallazgo va en ayuda
de la monstruosa duda
que me dió ira y espanto...
Mi tío estará en el lecho;
subiré a su habitación
y le haré revelación
de las ansias de mi pecho.
Le enseñaré este puñal:
bien lo debe conocer...
No sabrá qué responder,
y a la más leve señal
de su crimen, arma obscura,
hiere con golpe certero;
tú ya sabes el sendero
que lleva a la sepultura.

ESCENA III

Dichos y COSME por la boca de la rampa con un farolillo y un pico o azadón

JOSÉ. ¿Quién abre la rampa? ¡Cosme!
JAIME. ¡Mi tío!... Le envía Dios.
Apaguemos estas luces.
(*Apagan los farolillos, quedando en*
vueltos en la obscuridad.)

ESCENA IV

COSME, paulatinamente, desciende hasta el fondo del subterráneo pasando muy cerca de JAIME y JOSE, que se encogen y ocultan para no ser vistos

JOSÉ. (*En voz baja.*)
Pasó sin vernos...
JAIME. Mejor.
(*Cosme cruza el cauce del torrente y*
desaparece por el boquete del foro.)
Baja a darle sepultura...
¿No viste el azadón?
(*Luego dice, acometido de una idea*
súbita.)
José, súbete al molino.
Déjanos solos...
JOSÉ. ¡Qué horror!
¡Dejarte con esa fiera!
JAIME. (*Con imperio.*) Súbete. Lo mando yo.
JOSÉ. ¿Y a obscuras, cómo?

AIME. Trepando
a tientas; sin dilación.
Luego respeta al que suba,
si soy yo, porque soy yo,
y si es mi tío, porque
así lo ha querido Dios...
Guarda después el secreto
en tu pecho entiérralo.
Que sigan mi abuela y Rosa
en su inocente candor
ignorando la verdad.
OSÉ. Pero...
AIME. Obedece...
OSÉ. Me voy...
AIME. (*Conmovido.*)
¿Sin darme un abrazo?...
OSÉ. (*Retrocediendo y abrazándose a Jaime.*)
Jaime,
me estremece tu valor.
(*Se separan y José se aleja, trepando con gran dificultad hacia la boca de la rampa hasta desaparecer por ella. Oyense, ínterin, dentro en el boquete los golpes que da Cosme con el azadón en el suelo.*)

ESCENA V

JAIME

Le da sepultura.. Infame;
no es con cristiana intención.
Llevo aquí en confusa mezcla
ira... impaciencia... dolor...
¡Caín!... (*Llamando con acento majestuoso y solemne.*)

ESCENA ULTIMA

Aparece COSME por el boquete mostrando en su actitud el terro que le domina

COSME. ¿Quién llama?
JAIME. ¿Qué has hecho
de tu hermano Abel?
COSME. Su voz;
la voz de Jaime. ¿Eres tú
o mi conciencia?
JAIME. Yo soy.
COSME. ¿Hallaste a tu padre?
JAIME. Sí.
COSME. ¿Quién le ha matado?
JAIME. Un traidor
por cuyas venas circula
nuestra sangre.
COSME. (¡Ah! ¡Yo soy!)
JAIME. Un hermano tan podrido
de alma, que corrompió
la ley de naturaleza.
Un sér tan falto de amor
que la dicha y la esperanza
de su hogar arrebató.
¿Le conoces?
COSME. (*Rehaciéndose.*) Sí, yo he sido
de tu padre el matador.
Aquí dejé satisfecho
el odio... porque los dos
no podíamos vivir
en el mundo... Aquí cayó
entre sombras y peñascos
al golpe de mi rencor...
JAIME. (¡Miserable!) ¿No te acusa
el remordimiento?

COSME. No.
También a ti te aborrezco.
JAIME. Me abrasa la ira.
COSME. Y no
saldrá de esta tumba obscura
contigo mi confesión.
JAIME. ¿Qué quieres, hiena?
COSME. Tu vida.
Vamos a morir los dos.
JAIME. ¡Padre! ¡Ya puedo matarle!
La sombra priva la acción
de mi cuerpo... (*Agarrándose a las rocas para no caer.*) Pero el alma
te busca... ¡Llega traidor!...
(*Baja Cosme desde la cueva al fondo del subterráneo con grandes esfuerzos, agarrándose también a las rocas.*)
JAIME. ¿Y el puñal?... (*Buscando a tientas el arma con desesperación.*)
¡Quedé sin armas!
COSME. ¡Vas a morir!...
JAIME. ¡Maldición!
(*Cosme adelantando siempre con dificultad, llega en este punto al medio del cauce destinado para el torrente. En este punto, José, que apareció arriba un poco antes de terminar la escena de Cosme y Jaime, dice:*)
JOSÉ. ¡Roque! ¡ya llegó el momento!
¡Suelta el torrente!
TÍO RO. (*Dentro, arriba en la boca de la rampa.*)
¡Allá voy!
COSME. (*Que quedó parado al sentir la voz de José comprende que está perdido, mira con ojos aterrados hacia lo alto por donde sabe que cae el torrente; quiere huir, pero no da un paso,*

como si una mano de hierro lo detu viese.)

¡El torrente! ¡Soy perdido!

JAIME. ¡Caín! ¡Justicia de Dios!

(*Cae el torrente desde arriba con formidable es truendo; las aguas arrastran violentamente Cosme; sin embargo, éste lucha con el ímpet de la corriente agarrándose con desesperación las rocas, pero perdiendo terreno hasta qu cae el telón. Debe estudiarse muy bien est efecto.*) (1)

FIN DEL DRAMA

(1) El señor Casañ, jefe maquinista del Teatro de Novedades, empleó un procedimiento muy sencillo y elemental. Detrás de las rocas que figuran el despeñadero por donde cae el torrente, colocó en toda su longitud una gran sábana de agua, que agitada convenientemente, produce el efecto apetecido. El ruído se imita arrojando sobre una gran lámina de hierro, colocada dentro de un marco de madera de modo que pueda ponerse en vibración, gruesos perdigones en la cantidad que se considere necesaria para que el estruendo resulte verdaderamente formidable.

OBRAS TEATRALES DEL EMINENTE AUT

JOSE FOLA IGURBIDE

DE VENTA EN ESTA CASA EDITORIAL

Los caballeros de la libertad.—Drama en 4 ac
La ola gigante.—Drama en 7 actos.
El sol de la humanidad.—Drama en 7 actos.
La libertad caída.—(2.ª parte de «El sol de la manidad»).
La muerte del tirano.—(2.ª parte de «La liber caída»).
Giordano Bruno.—Drama en 5 actos.
Los Dioses de la mentira.—Drama en 3 acto
Cristo contra Mahoma.—Drama en 5 acto
La sociedad ideal.—Poema en 5 actos.
La domadora de leones.—Drama en 6 actos.
La máquina humana.—Drama en 5 actos.
El cacique o La justicia del pueblo.—Drama 4 actos.
La duquesa fantasma.—Drama en 4 actos.
Joaquín Costa o El espíritu fuerte.—Drama 3 actos.
El Cristo moderno.—Drama en 5 actos.
El monstruo de oro.—Drama en 5 actos.
El arte de enamorar.—Zarzuela en un acto.
Caín y Abel.—Drama en 3 actos.
Ilusión y realidad.—Drama en 3 actos.
Teresa.—Drama en 3 actos y en verso.
El clown.—Drama en 3 actos.
El hijo del aire.—Melodrama en 5 actos.
El mundo que nace.—Comedia en 3 actos.
El pan de piedra (el carbón).—Drama en 5 act